

La balcanización de América Latina ya está en marcha

Dos de los tres países de mayor desarrollo relativo de América Latina —Brasil y Argentina— se hallan bajo regímenes militares de corte fascistoide. El tercero es México.

Argentina es probablemente el más industrializado no sólo de nuestra región, sino de todo el llamado Tercer Mundo. El sector industrial argentino aporta más al producto nacional bruto y emplea a una proporción mayor de la población económicamente activa que cualquier otro país de América Latina. Este hecho es suficiente para valorar, tanto en el ámbito regional como en el internacional, la importancia cualitativa de los últimos acontecimientos argentinos.

El derrocamiento de Isabel de Perón y el establecimiento de una dictadura militar no puede atribuirse exclusivamente al fracaso de la operación del peronismo, destruido por la desunión y las luchas internas. La variante de poder que se presenta a la Argentina con el golpe castrense es parte integrante de la política norteamericana hacia la región. Porque no es verdad que la ausencia, de una política positiva respecto al subcontinente implique ausencia de política, como frecuentemente se afirma; significa, por lo contrario, la existencia de una política negativa instrumentada por el Departamento de Estado con

miras a mantener a los Estados Unidos como potencia determinante en la América Latina.

La doctrina de la multipolaridad elaborada por Henry Kissinger es la pieza clave de su diplomacia. A partir del momento en que se produce la paridad nuclear con la Unión Soviética y se advierte la perspectiva de que en un futuro previsible la balanza se incline a favor de la gran potencia euroasiática, Kissinger tiende la mano a China y eleva a Brasil a la categoría de potencia con el propósito claro de difundir o delegar poder a determinados Estados.

Si el objetivo norteamericano en la época de su indiscutido predominio mundial fue el de garantizar la dependencia de los países latinoamericanos sobre la base de su presencia directa, hoy es —forzado por las circunstancias— el de auspiciar un nuevo tipo de dependencia y de dominio sustentado en la **balcanización ideológica y geopolítica** de la región.

El subimperialismo delegado a Brasil constituye el ejemplo más acabado de esta política.

La política estadounidense para América Latina prevé el surgimiento de competencias y liderazgos zonales que enfrenten a Estados entre sí y provoquen —como en el caso de México, Brasil y Argentina— la suspicacia de los países pequeños y, en consecuencia, se estimule la división y se haga efectiva la **balcanización** de Latinoamérica.

Obvio es decir que de prosperar esta situación, el papel de Latinoamérica en el concierto internacional pasaría a ser secundario, que es otro de los objetivos que persigue el Departamento de Estado.

Con estos antecedentes, es preciso reconocer la gravedad de las posibles implicaciones que podrá tener la dictadura militar establecida en la Argentina —como producto lógico del curso general de los acontecimientos en el cono sur del subcontinente en los últimos dos años— para la política exterior mexicana que ha procurado colocar lo antes posible a América Latina en condiciones de desempeñar un papel influyente a escala mundial, con el firme convencimiento de que cuanto más tiempo tardara la edificación de la unidad latinoamericana, más lejano y definitivamente perdido quedaría nuestro objetivo capital de quebrar la dependencia.

¿Qué lugar ocupa el golpe en la Argentina dentro de todo este cuadro? Es una vieja idea de Washington de que sus planes de control de la región podrían plasmarse a través de una Argentina convertida en intérprete de los deseos norteamericanos con respecto a los países del Pacífico y de un Brasil que sirviera de contrapeso, según las reglas del equilibrio de poder kissingerianas, lo cual favorecería las relaciones con la potencia dominante.

Aun cuando no están todavía muy claras las afinidades políticas e ideológicas que podrán tener los regímenes militares de Brasil y Argentina, es previsible una lucha entre ambos por la hegemonía (la pugna es tradicional y se ha agudizado cuando las cancillerías han sido manejadas por los militares), que colmaría el propósito de Washington de **balcanizar** la región, manteniendo áreas conflictivas que ahondarían la división de los países latinoamericanos.

Un cambio radical en la correlación de fuerzas se ha operado en el Cono Sur. Del frente que en un determinado momento integraron Perú, Chile y Bolivia, con Velasco Alvarado, Allende y Torres al frente de ellos y del desplazamiento de la Argentina hacia la izquierda que se vislumbró al retorno de Perón, se ha pasado a la formación de un bloque fascistoide del que forman parte Chile, Brasil, Uruguay, Bolivia, Paraguay, y Argentina, y al que Washington espera incorporar otros países.

La acción desestabilizadora y nihilista que precede al rompimiento del orden legal para dar paso a la opción dictatorial anticomunista y antidemocrática está también presente en Ecuador y Colombia, y amaga a otras naciones.

El caso argentino demuestra que la balcanización de América Latina se está produciendo a través de la repartición de **potencia e impotencia** y bajo el signo de la doctrina de la multipolaridad que un día inventó Kissinger para poder seguir satisfaciendo, en condiciones internacionales adversas, las ambiciones mundiales de los Estados Unidos.

Cometeríamos un gravísimo error histórico —tal vez irremparable— si creyéramos que México está libre de acechanzas. Hay fuertes indicios de que México es una pieza no menor de la **balcanización** que se ha puesto en marcha.